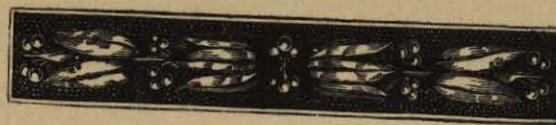


Que fué sólo una hora!  
 ¡Señor, te apiada de las culpas mías!  
 Lo que valen comprendo  
 De tu mansión las santas alegrías.»

Dijo esto el monje y extendió los brazos  
 En dirección del cielo  
 Y, ya al romperse los vitales lazos,  
 Sus labios, yertos casi,  
 En señal de humildad puso en el suelo.  
 Quedó luego tendido el cuerpo inerte;  
 Mas el ánima al cielo se levanta,  
 Y oye al ave que canta  
 Por una eternidad . . . ¡Dichosa muerte!

1855.

## MEMORIAS DE UN PEREGRINO



FRAGMENTOS

DE UN POEMA INTITULADO

“MEMORIAS DE UN PEREGRINO”

I.

Últimos días del invierno.—Llegada de las aves.

Consérvase la nieve en las montañas,  
Permanecen los árboles sin hojas;  
Por el rayo solar herida aquélla,  
Cruge, rueda, en torrentes se transforma,  
Desciende al valle convertida en río  
Y fertiliza la comarca toda.  
Céfiro allí sus invisibles alas  
Cuando discurre en sus cristales moja,  
Y a esparcir va después su aliento helado  
En la ciudad, en las humildes chozas.  
Todavía la niebla se levanta  
De la llanura en transparentes blondas,  
Y en mi ventana el viento de la noche

A veces melancólico solloza.  
 ¿Dura el invierno aún? ¿Cómo así el duelo  
 De la naturaleza se prolonga?  
 ¿No tornará mañana, cual solía,  
 De los placeres la estación hermosa?

Hendiendo el vasto cielo nebuloso  
 Viene la golondrina voladora  
 Desde climas lejanos: bajo el techo  
 De mi humilde mansión vaga afanosa;  
 Pide hospitalidad con trinos breves  
 Y se congrega la familia toda  
 A admirar al alado peregrino.  
 Ave amiga del hombre, en buena hora  
 Llegues a mis umbrales: tu presencia  
 Anuncia al corazón la vuelta próxima  
 De los serenos días. ¿Desde dónde  
 Vienes buscando al sol? ¿Cuál es la zona  
 Donde a la luz tus párpados abriste?  
 ¿Cómo dejaste ayer la cara esposa?  
 ¿Cuándo tornas a ver los patrios campos  
 Que el invierno a dejar te obliga ahora?  
 ¡Y un asilo en tus cánticos me pides!  
 Duerme bajo mi techo sin zozobra,  
 Que acaso traiga a la estación que anhelas  
 La roja luz de la vecina aurora.

## II.

La Primavera.

Siempre te amé, florida primavera,  
 Siempre fuiste a mi alma melancólica  
 Lo que la vista del vecino puerto  
 Al náufrago que lucha con las ondas.  
 En cada flor me diste una esperanza,  
 Me ofreciste un placer en cada hora,  
 Y, al contemplar el alfombrado campo,  
 Tu ardiente sol, tu trasparente atmósfera,  
 Quise que en tu regazo el sueño eterno  
 Me obligase a dormir muerte dichosa.

## III.

El cántico del ruiseñor.—Amores de las aves.

Mas ¿qué dulce cantiga a turbar viene  
 La calma de los bosques a esta hora?  
 Te reconozco, ruiseñor amante,  
 Son tus reclamos a la esquiva esposa.  
 Ese sol que fecunda las montañas  
 Prende en tu seno llama abrasadora:  
 Pero ¿qué digo, si de amor el fuego  
 Se enseñorea de las aves todas?

Desde el alción que vuela sobre el río  
 Imitando el murmurio de las ondas  
 En sus cantares tristes, hasta el águila  
 Que el mundo deja y las estrellas toca;  
 Desde el buho misántropo que el nido  
 En lo interior del campanario forma,  
 Hasta la garza cándida que busca  
 Asilo en las lagunas pantanosas,  
 Al ave compañera todas llaman  
 Con voz alegre o triste, dulce o ronca;  
 Todas pueblan el aire con sus cantos,  
 Todas en su embriaguez viven dichosas.—  
 Tardan aún las roncadas tempestades:  
 Las nieves del invierno están remotas.

## IV

Olvido que sigue a la muerte.

¿Viste morir al entusiasta joven  
 Que el orgullo formó de su familia;  
 Amado de las ciencias y las artes,  
 Y en cuyo pecho el patriotismo ardía?  
 ¿Viste morir la prometida esposa  
 De dar su mano ante el altar en vísperas?  
 ¡Qué de esperanzas ¡ay! mueren con ellos!  
 Pues acércate aquí: sus tumbas mira:  
 Brotan en rededor silvestres flores,  
 Aman las aves y dichosas trinan:

Sobre la tierra el aire, como siempre,  
 Cuelga desde el zenit su azul cortina:  
 Nada falta en el mundo: hasta sus nombres  
 El caro amigo pronunciar evita:  
 Un año más y con su injusta suerte  
 La familia enlutada se resigna!

## V.

La Lluvia.—La Cosecha.

Mas ¿qué sordo rumor al lejos suena  
 Que retumbando, en la montaña expira?  
 Son los truenos de julio: al escucharlos  
 El labrador se inunda de alegría.  
 Anuncian ellos bienhechora lluvia  
 Que el abrasado campo fertiliza.  
 Desgárrase la nube: por el rayo  
 Del sol que muere en Occidente heridas,  
 Del Sud al Aquilón iris inmenso  
 Forman las gotas de agua cristalinas:  
 Por sus multiplicadas partiduras  
 Bebe la tierra este licor de vida;  
 Las agostadas plantas se enderezan,  
 Como la joven que a morir ya iba  
 Cuando acertada en sus entrañas vierte  
 Bálsamo de salud la medicina.  
 Surcan arroyos la llanura extensa  
 Y adquiere el bosque verdinegras tintas,

Los pájaros sacuden su plumaje,  
 Y del toro la piel mojada brilla.  
 ¡Cómo al peso de frutas diferentes  
 Las ramas de los árboles se inclinan!  
 Su mano alarga el labrador y encierra  
 En los graneros la cosecha rica,  
 Pensando alegre en que durante un año  
 La suerte aseguró de su familia;  
 Mas si las siembras el granizo tala  
 Y en la miseria despertó, confía  
 En el Dios que benéfico departe  
 Sustento al ave y del insecto cuida.

## VI.

La Caza.—La Tempestad.

Cuando sus nubes el otoño esparce  
 Vistiendo el piso con las hojas secas  
 Que al árbol quita, en amorosa llama  
 Del noble ciervo el corazón se quema.  
 Abandona los montes: hacia el valle  
 Ora descende en rápida carrera,  
 Arrójase a los ríos y en las ondas  
 Sobrenada la añosa cornamenta:  
 Busca en las quiebras de la opuesta orilla  
 Su compañera tímida y esbelta,  
 La disputa a los ciervos sus hermanos,  
 El amor en sus ojos centellea:

Su frenético afán, su atrevimiento  
 Al mirar, espantada huye la hembra:  
 La persigue tenaz, al fin la alcanza  
 Y hacia la gruta amiga va con ella.

Rumor lejano se percibe a poco:  
 El ciervo salta erguiendo la cabeza,  
 Fija atento el oído y a la fuga  
 Su salvación el mísero encomienda,  
 Que la impresión del acerado casco  
 Fué para el cazador segura seña.  
 ¿No oís voces humanas que conduce  
 A intervalos el viento? Ya se acercan  
 Los cazadores; llegan; las salidas  
 Toman del valle y los alanos sueltan  
 Que rastreando por doquier discurren  
 Y se internan al fin allá en la selva.  
 Reina en aquel instante hondo silencio:  
 ¿Suenan leve rumor? Es que se queja  
 El viento entre las ramas: ni las aves  
 Cantan, la escena contemplando atentas.  
 Un trémulo ladrido lastimero  
 Se oye salir del bosque: el arma apresta  
 Cada cual, recorriendo con la vista  
 El valle extenso y la arboleda espesa.  
 Ya los sagaces perros descubrieron  
 De la infelice víctima las huellas;  
 Redoblan sus ladridos y, entretanto,  
 El corazón de quien matarla espera,  
 De entusiasmo y temor lleno, palpita,

Arden sus sienes y su mano tiembla.  
 Se acerca huyendo el ciervo y a su impulso  
 Cruge la zarza que a sus pies se enreda;  
 La rompe al fin y rápido se lanza  
 Y varios tiros a la vez resuenan,  
 Cuya explosión repiten los collados.  
 Ya no se ve su forma en humo envuelta.  
 ¿Se salvó? ¿Se salvó? . . . Miradle ahora,  
 Plomo fatal hirióle: cae en tierra,  
 Le rodean los perros y se agita  
 De la agonía en las congojas fieras.  
 Al verle así rendido y expirante  
 Grito de gozo universal se eleva.

A veces interrumpe esta alegría  
 La tempestad. Se aduermen las florestas;  
 Hoja ninguna se estremece: el cielo  
 Vélase en nubes lóbregas y espesas:  
 Luego sus ondas oscurece el río  
 Y el viento dobla las encinas recias  
 Con bramido espantoso. Retumbando  
 Recorre el trueno la escarpada sierra:  
 El polvo escarba el toro audaz inquieto;  
 Busca el ave marina la ribera  
 Y en las aguas arrójase; la garza  
 El ala extiende y sus lagunas deja.  
 ¡Como el pastor que sus rebaños cuida  
 Busca en el monte la trillada senda  
 Que a su albergue conduce! Deslumbrando,  
 El airado relámpago serpea,

Y de pavor el llano se estremece  
 Y en sus cimientos las montañas tiemblan.  
 Si reina breve espacio de silencio,  
 Oyese la campana de la aldea  
 Que al Dios del trueno apaciguar procura  
 Y asilo ofrece en medio la tormenta  
 Al peregrino. Su preñado seno  
 Rasga la nube, empápase la tierra  
 Con la abundante lluvia del otoño;  
 Luego desaparecen las veredas,  
 El río bramador desdeña el cauce  
 Y la comarca en derredor aniega.  
 Alguna vez bajo la altiva copa  
 De un árbol guarecido, el alma llena  
 De aquella admiración que siempre infunde  
 Si conmovida está naturaleza,  
 Largas horas pasé y helado el viento  
 Mi cuerpo entumecía: al fin su fuerza  
 La borrasca amainó; pasan las nubes  
 Y limpio el azulado cielo dejan.

## VII.

La caída de las hojas. — La muerte en la infancia.

¡Cuán grabados quedaron esos días  
 Que entre placeres rústicos huyeran,  
 Aquí en el corazón! Dirijo a veces  
 Todavía mi planta a las praderas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1974

Cuando sus flores Mayo las prodiga  
 O las nubes de otoño las sombrean.  
 Nunca al mirar la desprendida hoja  
 Con que los vientos encontrados juegan,  
 La pobre hojilla que en el suelo muere  
 Después de breves días de existencia,  
 De visitar dejaron a mi alma  
 Solemnes, melancólicas ideas.  
 De nuestra suerte aquí la incertidumbre,  
 De destrucción esa inmutable, eterna  
 Ley que al olvido aterrador destina  
 Cuanto natura a producir acierta,  
 Del mendigo infeliz al potentado,  
 Desde la flor que primavera engendra  
 Hasta los monumentos que a su orgullo  
 Levantaron allá Menfis y Tebas,  
 Todo, todo su fin advierte al hombre,  
 Conjunto de inconstancia y de miseria!

Pero ¿por qué la hoja ayer nacida  
 Arrebatada entre las hojas secas  
 Va por el aire, sin vivir el plazo  
 Que a las demás la muerte concediera?  
 En flor a veces se malogra el fruto:  
 La mariposa que en la flor se alberga  
 Deja el capullo, y cuando va surcando  
 Por la primera vez la azul esfera,  
 Incita al ave que despliega el ala,  
 Audaz la sigue y sin piedad la apresa.  
 También la frente cándida del niño

Hierre la muerte y con su soplo hiela,  
 Y la esperanza de sus tiernos padres  
 Para siempre jamás guarda en la huesa.  
 ¡Hermanos míos inocentes! ¿Cómo  
 Los años ¡ay! en su carrera lenta  
 No han borrado en mi alma vuestra imagen?  
 Siempre que la familia se congrega  
 En sus pesares o alegrías, nota  
 Que de los suyos dos faltan en ella.  
 Encanto de sus padres venturosos,  
 Dicha y amor de sus hermanos eran:  
 Cuando vino la peste asoladora  
 Y les hirió; cuando tocamos yertas  
 Sus pálidas facciones que animaba  
 Brillo de prematura inteligencia,  
 ¡Cuántas amargas lágrimas vertimos!  
 Resonaba el hogar con nuestras quejas.

## VIII.

Los astros.—Vanidad de la ciencia.

Está la noche silenciosa: brillan  
 En la celeste bóveda los astros,  
 Acompañando con su luz hermosa  
 En sus instantes últimos al año.  
 Acaso Dios, en el espacio aéreo  
 Con poderosa mano al derramarlos;  
 Al trazarles sus órbitas eternas  
 De las que separarse nunca osaron;

Al reflejar en sus opacas formas  
 De su mirada el esplendente rayo,  
 Quiso que en las tinieblas de la vida  
 Ellos sirviesen al mortal de faro.  
 Cumpliendo todos van con su destino:  
 Cuando Orión del cielo en lo más alto  
 Aparece y las Pléyades, subyuga  
 De su fulgor el misterioso encanto:  
 Cercana al polo boreal la Osa  
 Dirige al caminante extraviado;  
 Venus en el Oriente anuncia el alba,  
 Y cuando brilla próxima al Ocaso  
 Trae consigo la callada noche  
 Que los tiernos amantes desearon.  
 Suele de tarde en tarde, peregrino  
 Por las regiones del azul espacio,  
 Un cometa extender su cauda bella  
 De Poniente a Levante.— Llegó el sabio  
 De los planetas a medir la altura,  
 A conocer su movimiento vario  
 Distinguiendo en su disco las montañas  
 De los abismos cóncavos y opacos;  
 Mas cuando quiso en alas de la ciencia  
 Adonde mora Dios subir osado  
 Y ante su trono con altiva frente  
 Pedirle la razón de sus arcanos,  
 La misma voz que al aquilón acalla  
 Y al mar contiene en su profundo álveo,  
 Truena a su oído y al humilde polvo  
 De nuevo descendió, torpe gusano!

## IX.

El dolor.

«¡Oh Dios mío, Dios mío! Si piadoso  
 Eres como te invocan los humanos;  
 Si tu diestra sublima omnipotente  
 Las criaturas que formó del barro;  
 Si, como a débil planta que se acoge  
 A la sombra benéfica de un árbol,  
 En tu misericordia las encubres  
 Con la bendita sombra de tu manto,  
 ¿Por qué mi corazón del pecho arrancas?  
 ¿Por qué hieres mi frente con tu brazo?  
 ¿Qué me sucede ¡ay! que ya mis ojos  
 Abrasadoras lágrimas cegaron?  
 ¿Fué tu divina voluntad que el hombre  
 Con el dolor envejeciera? ¿Acaso  
 El legado le hiciste de la vida,  
 Flor que dura en la tierra pocos años,  
 Para trocar en humo sus deseos?  
 Mis días un tormento prolongado  
 Son, y las noches lóbregas ahogan  
 Mis sollozos. . . . Tal vez sueño liviano  
 De mi perdido bien la imagen bella  
 A mis ojos ofrece: alborozado  
 Corro a echarme a sus pies y se evapora,  
 «Adiós, adiós,» sus labios murmurando.—



Si tal era en la tierra mi destino  
 ¿Por qué no permitiste, cielo santo,  
 Que, malogrado en el materno seno,  
 Jamás se abrieran a la luz mis párpados?»

## X.

La tumba.—La muerte.

En la mitad de la llanura inmensa  
 Veo un camino estrecho y erizado,  
 A cuya orilla, si una flor asoma  
 Sécase luego entre espinosos cardos.  
 Al fin de este camino hay honda sima  
 Que el hombre cava con sus propias manos,  
 Con el sudor de su abrasada frente,  
 Para gozar allí largo descanso.  
 Pero ¿quién aparece, el débil cuerpo  
 Llevando hacia la sima con trabajo,  
 Inclínada la frente y sosteniéndose  
 Con el auxilio de nudoso báculo?  
 Es ¡ay! la SENECTUD: en su cabeza  
 Los inviernos sus nieves han dejado;  
 No tiene brillo su mirada incierta,  
 No tiene savia de su vida el árbol.  
 Imagen fiel de la vejez helada  
 Son estos montes cuando expira el año;  
 Mas ¡ay! la primavera torna a ellos  
 Su animación y su esplendor pasado,

Y el hombre muere para siempre. A veces,  
 Cual minado de sórdido gusano  
 Languidece un arbusto, herido el joven  
 De la desdicha fiera por el dardo,  
 Encanece temprano su cabello,  
 Encórvase su cuerpo fatigado;  
 Solicita su tumba y no la encuentra,  
 Semejante a quien cava suelo ingrato  
 En busca de un tesoro; que la muerte,  
 De la felicidad en el regazo,  
 Al hombre asalta que su fin olvida,  
 Pero la llama el infeliz en vano.

## XI.

La inmortalidad.

«Pero ¿qué digo? El ángel que del mundo  
 Huyó ligero al expirar el plazo  
 De su destierro, y en su antigua patria  
 Mora entre los querubes sus hermanos,  
 ¿Podrá gustar del cáliz de amargura  
 Que a su dicha inmortal está vedado?  
 Si miras tú con ojos compasivos  
 La odiosa agitación del mundo bajo,  
 Desde el eterno monte en cuyo cielo  
 El verdadero sol no tiene ocaso,  
 Ruega al Señor, a quien de cerca adoras,  
 Que me perdone mis errores vanos:

Que siempre en esta vida la esperanza  
 A mi debilidad sirva de amparo:  
 Que cuando ya mi deleznable cuerpo  
 Esté durmiendo el sueño funerario  
 En el jardín ameno do viviste  
 Y de la cruz bajo el abrigo santo,  
 Dé a gozar a mi alma el bien supremo  
 De la inmortalidad allí a tu lado.»

## XII.

Últimas palabras del peregrino.

«Idolatrada flor de un solo día  
 De bella forma y de perfume casto,  
 Tu memoria acompaña al caminante:  
 Entristece tu ausencia el suelo patrio.  
 Mi lloro estos renglones riega: en ellos  
 Tu nombre falta, a mis oídos caro:  
 Bien lo recuerda el corazón, mas nunca  
 Pudo mi mano en el papel trazarlo.

.....  
 ¡Ay! ya no tengo porvenir. El prisma  
 Rompióse y veo que el desierto es árido:  
 Yo me siento a esperar aquí la noche  
 Bajo la palma de un recuerdo amado.»

## POEMA DE AMOR.